



Todas las opciones son problemáticas.

Desde que la CIA organizó a los cubanos anti-castristas para invadir la Bahía de Cochinos en 1961, el régimen cubano ha temido un nuevo ataque del Tío Sam y, al mismo tiempo, ha convertido el fiasco estadounidense en una historia de orgullo nacional y resistencia. Hoy en día, la amenaza vuelve a ser inminente. ¿Atacará Donald Trump a Cuba? ¿Qué pasaría si lo hiciera?

El 20 de mayo, el Departamento de Justicia de EE.UU. publicó una acusación formal contra Raúl Castro, el expresidente cubano de 94 años. Se le acusa de autorizar al Ejército cubano a derribar dos aviones civiles en 1996, lo que causó la muerte de cuatro estadounidenses. Para algunos, los cargos son simbólicos, un gesto para contentar a los cubano-estadounidenses. Para otros, anuncian medidas concretas. Lo que está claro es que Trump y Marco Rubio, su secretario de Estado cubano-estadounidense, se han frustrado por su incapacidad para llegar a un acuerdo con el régimen. Exigen la liberación de presos políticos, reformas económicas radicales, un proceso para resolver las reclamaciones de propiedad de los exiliados cubanos y una reducción de los vínculos de seguridad de Cuba con China, Rusia e Irán. A cambio, el régimen obtendrá un alivio de las sanciones y ayuda económica.

Probablemente no haya un ataque inminente. El portaaviones USS "Nimitz", cuya llegada al Caribe el día de la acusación contra Castro desató las especulaciones, se encuentra en uno de sus últimos viajes antes de ser dado de baja. Trump, empantanado en el Golfo por la guerra con Irán, seguirá prefiriendo un acuerdo. El 21 de mayo, Rubio dijo que la diplomacia "sigue siendo nuestra preferencia", pero agregó que "la probabilidad de que eso suceda, dado con quién estamos lidiando en este momento, no es alta". Los planificadores militares están trabajando intensamente.

Existen tres opciones militares, según Richard Feinberg, exdirector del Consejo de Seguridad Nacional para América Latina. Ninguna es sencilla. La primera sería una operación al estilo de la de Venezuela para capturar a Castro. La segunda serían ataques limitados, ya sea para asustar al régimen y que haga concesiones o para provocar divisiones en la camarilla gobernante. La tercera sería



EL GENERAL FRANCIS L. DONOVAN, comandante del Comando Sur de EE.UU., inspeccionó el viernes la Estación Naval estadounidense en la bahía de Guantánamo, Cuba.

¿Funcionaría una acción militar estadounidense contra Cuba?

una invasión a gran escala.

Esta última es la menos probable. Estados Unidos podría tomar la isla fácilmente. Se estima que las Fuerzas Armadas de Cuba cuentan con entre 40.000 y 45.000 soldados en servicio activo, frente a los más de 200.000 que tenían en su apogeo. Su equipo es antiguo; el combustible escasea. "En realidad, es solo una sombra de lo que solía ser", afirma Frank Mora, un exfuncionario del Pentágono. La doctrina de Fidel Castro de la "guerra de todo el pueblo", según la cual soldados, milicias y civiles lucharían contra cualquier invasor, hoy parece poco realista. Los cubanos apenas tienen para comer; la fe popular en la revolución se ha desvanecido. "Cuando te despiertas y no hay electricidad, o cuando los escasos alimentos que mucha gente tiene terminan echándose a perder, o cuando ves que las escuelas piden a los padres que recojan a sus hijos debido a los apagones y al calor sofocante, nada de eso ya importa", dice un profesor de Historia en La Habana.

Sin embargo, una invasión pro-

bablemente conduciría a una ocupación, y eso podría resultar más complicado. Es probable que algunos soldados, policías y partidarios del régimen se resistieran; los ataques guerrilleros podrían resultar difíciles de sofocar. Si el régimen realmente ha adquirido, como sugieren los informes de inteligencia estadounidenses, 300

drones de Rusia y China, estos representan una amenaza mínima para Estados Unidos, pero podrían utilizarse para hacer que la ocupación resulte costosa.

Los ataques limitados serían más fáciles. Los estadounidenses podrían atacar aeródromos, muelles y posiciones cubanas cerca de Guantánamo, la base militar de Estados Unidos en la isla. Podrían considerar atacar instalaciones de inteligencia vinculadas a China o Rusia. Estados Unidos controlaría rápidamente el espacio aéreo.

Pero es posible que los ataques no derrumben al régimen ni lo obliguen a aceptar un acuerdo. De hecho, podrían lograr lo contrario, afirma Ricardo Zúñiga, principal asesor de Barack Obama para las

Américas durante el "deshielo cubano", cuando se normalizaron las relaciones con Estados Unidos. Durante décadas, los líderes cubanos se han dicho a sí mismos que Estados Unidos quiere la rendición, no la reforma. La acusación contra Castro, las sanciones al enorme conglomerado militar Gaesa y las recientes amenazas bélicas respaldan tales suposiciones. La administración de Trump necesita ofrecer más incentivos si quiere llegar a un acuerdo, en lugar de limitarse a imponer más castigos, dice Roberta Lajous, quien fue embajadora de México en La Habana.

Es posible que lo que más le tienta al Sr. Trump sea una incursión que imite la que llevaron a cabo las Fuerzas Especiales estadounidenses en enero para secuestrar al dictador venezolano, Nicolás Maduro, de su bastión en Caracas, la capital del país. Eso sería sumamente arriesgado. Es poco probable que Castro esté esperando en La Rinconada, su complejo en el distrito Siboney de La Habana. La seguridad cubana ha tenido décadas para preparar búnkeres, túneles y planes de escape. También tiene la ventaja de

haber visto de primera mano lo que le sucedió a Maduro: la mayoría de los que murieron en la incursión en Caracas eran soldados cubanos asignados a su guardia personal.

Decapitación... ¿y luego qué?

Un problema aún mayor es que la detención del Sr. Castro podría no cambiar gran cosa. No hay indicios de fisuras entre el Partido Comunista, las Fuerzas Armadas, el Ministerio del Interior, la Seguridad del Estado y Gaesa. Y, a diferencia de lo que ocurre en Venezuela, no existe un equivalente cubano claro de Delcy Rodríguez: una figura con acceso privilegiado que pudiera, de manera creíble, ayudar a abrir la puerta a los estadounidenses, tomar el poder y reivindicar la continuidad. Raúl Guillermo Rodríguez Castro, nieto del Sr. Castro, se ha reunido con negociadores estadounidenses y parece tener cierta influencia. Pero está lejos de estar claro que pudiera gobernar Cuba en nombre del Sr. Trump.

La última escalada ha avivado las expectativas. Muchos cubano-

americanos de Miami ven la acusación contra Castro como el principio del fin de un régimen odiado. Los partidarios de la línea dura quieren que se desmantele el sistema castrista, no una transición superficial negociada con la vieja guardia, afirma Marcell Felipe, del Museo Americano de la Diáspora Cubana de Miami.

En la isla, la actitud de los cubanos, que llevan tanto tiempo sufriendo, es más variada. Muchos se oponen a la intervención extranjera. "Prefiero morir antes que ser una colonia de Donald Trump", dice un empleado del gobierno. Pero la mayoría parece haber perdido la fe en que el cambio pueda llegar de otra manera. "¿Cuándo viene Donald Trump?", pregunta Brián Zulueta, un exbombero que ahora vende fruta en La Habana. Teme la violencia, o que el Sr. Rubio sea nombrado gobernador interino. Pero "necesitamos un cambio", dice. "Las cosas no pueden empeorar". Puede que a los cubanos no les gusten los gringos de uniforme, pero al menos podrían reponer los estantes y ofrecer a los isleños algo de esperanza, señala el Sr. Feinberg.

Reconstruir Cuba sería más difícil que hacerlo en Venezuela, tanto política como económicamente, sobre todo para un gobierno que es "alérgico" a la construcción de la nación, afirma el Sr. Feinberg. En Venezuela, el petróleo le proporcionó al Sr. Trump una victoria rápida, tanto al brindar un alivio económico a corto plazo como al ofrecer un posible aliciente para futuros inversionistas. Venezuela también cuenta con una oposición política sólida, aunque reprimida. Cuba no cuenta ni con políticos comparables ni con recursos. Dependería de la ayuda estadounidense, del alivio de las sanciones, de un impulso al turismo y a las remesas, así como de una afluencia de capital procedente de la diáspora.

Todas las opciones son complicadas. Parece difícil lograr un acuerdo lo suficientemente grande como para satisfacer a Trump y a Rubio; la acción militar podría no lograr lo que la diplomacia no ha conseguido. Los estadounidenses claramente quieren un cambio. Los cubanos también lo quieren. El problema es cómo obligar a un régimen obstinado y arraigado. Así como los comunistas han pasado décadas preparándose para una invasión estadounidense, dice la Sra. Lajous, el Sr. Rubio ha pasado gran parte de su vida reflexionando sobre la transformación de Cuba. Por el momento, el destino de la isla descansa en parte en sus manos.

